**FIESTA DE SANTA MARINA**

**Santa Marina de Rey, 2017**

La fiesta de Santa Marina nos congrega esta mañana en este templo parroquial para expresar nuestra devoción a esta joven gallega que entregó su vida por la fe cristiana a principios del siglo II. Damos gracias a Dios por el testimonio de los mártires que con su entrega confirman la verdad de nuestra fe y el amor que Dios nos tiene.

Desde niño profeso una singular simpatía y devoción a Santa Marina pues es la patrona de mi parroquia natal. Con ojos infantiles contemplaba aquella imagen de una joven mujer muy bella con una palma en la mano izquierda, una cruz en la derecha y bajo su pie izquierdo un animal feo y repugnante. Mi madrina cuando íbamos a la iglesia para preparar la fiesta, a su modo, me explicaba los signos de aquella imagen de Santa Marina, expresión del testimonio de su vida cristiana.

En primer lugar me explicaba el significado de la palma del martirio que significa la victoria sobre la muerte violenta que sufrió Santa Marina. Esta joven cristiana prefirió la muerte física a renegar de su fe lo cual habría supuesto la muerte espiritual. Tuvo la valentía de dar testimonio hasta el último momento de su vida, incluso enfrentándose a su padre y a su familia. Si es admirable el testimonio de cualquier mártir, el de una joven lo es mucho más. Son innumerables los jóvenes que han sido y son también en estos momentos martirizados por causa de la fe. Estos son aquellos de los que habla el libro del Apocalipsis cuando dice: “Vi una muchedumbre inmensa que nadie podría contar de tolas naciones, razas, pueblos, y lenguas, de pie delante del torno y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos”… y uno de los ancianos me dijo: Estos que están vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de donde han venido? Y yo le respondí: “Señor mío tú lo sabrás”. El me respondió: Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la Sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios.” (Ap 7, 9-10; 13-15). Los primeros cristianos deseaban imitar a Cristo en todo, también en su muerte, por eso el martirio era para ellos la mayor de las gracias porque los configuraba con Cristo en su muerte y resurrección. También hoy el martirio es el don mayor que Dios nos puede regalar después del don de la vida y de la fe.

El animal feo y repugnante me decía que era el demonio, el maligno al que Santa Marina logró vencer con la ayuda de la gracia de Dios. El maligno nos ataca siempre para ataca separarnos del amor de Cristo. Por eso el apóstol Pedro nos advierte: “Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar: Resistidle, firmes en la fe, sabiendo que vuestra comunidad fraternal en el mundo entero está pasando por los mismo sufrimientos” (1Pe 5, 8-10). El enfrentamiento más directo que tendremos con el Maligno será en la hora de la muerte que él introdujo en el mundo por el pecado de Adán. En ese momento sabemos que Dios no abandonará a su suerte aquellos que hemos sido injertados en la muerte de Cristo y hemos recibido el Espíritu Santo Paráclito.

El recuerdo de nuestra amada patrona, Santa Marina, nos invita a hacer una reflexión sobre la valentía de los jóvenes cristianos que hoy son testigos y confesores de la fe ante su familia y ante sus amigos y compañeros. Ciertamente, hemos de reconocer que son muchos los jóvenes que recibieron en su día los sacramentos de la iniciación cristiana: Bautismo, confirmación y eucaristía, y que han abandonado la práctica de fe cristiana envueltos en la vorágine de la secularización. Poco a poco su fe se ha ido durmiendo por falta de alimento espiritual y hoy viven prácticamente sin ninguna referencia a Jesucristo y a su evangelio. Pero aún queda en lo más profundo de su ser ese deseo inconfesable de volver a ser lo que realmente son: hijos de Dios y miembros de la gran familia de la Iglesia. A estos hermanos no podemos abandonarlos a su suerte. Pidamos por ellos para que el Señor se haga presente en sus vidas, salga a su encuentro y les conceda la gracia de la conversión y de la vuelta a su casa, la casa de Dios y de los hermanos. Aunque no sean conscientes de ello siguen siendo miembros del Cuerpo de Cristo y también a ellos les alcanza la gracia y los méritos de la Pasión de Cristo.

Un pequeño grupo de jóvenes católicos permanecen fieles a Cristo y dan testimonio, a veces contracorriente, de la fe y se comprometen con obras de caridad y de apostolado en las parroquias, asociaciones y otras organizaciones eclesiales. Podemos decir que estos hermanos jóvenes son confesores de la fe en medio de un ambiente generalmente hostil a la fe. Debemos felicitarnos por ello. La comunidad cristiana y las familias cristianas deben arropar a esos jóvenes para que se formen convenientemente de modo que puedan dar razón de su fe y comprometerse formando una familia cristiana o consagrándose a Dios en la vida religiosa o sacerdotal.

El Plan Pastoral Diocesano “Llamados a formar un Nuevo Pueblo” que pronto vamos publicar para los próximos cuatro años nos propone como retos el despertar la fe dormida de los bautizados y profundizar en el testimonio de vida cristiana de aquellos que habitualmente practicamos la fe. El Plan pondrá su mirada especialmente en los jóvenes para atraerlos de nuevo a Cristo y a la Iglesia siguiendo las propuestas que proponga el Sínodo que se celebrará en Roma sobre los jóvenes, la fe y la vocación.

Los jóvenes, en el ejercicio de su libertad buscan nuevos caminos para la realización personal y para una nueva sociedad. No debemos poner trabas a sus iniciativas aunque siempre debemos aconsejarles para que no caigan en los mismos errores que hemos caído los adultos. Aunque el ambiente de la juventud española de hoy se aleja cada vez más de la vida religiosa y de la Iglesia sin embargo las cosas de Dios y de la religión les sigue interesando. En la Visita Pastoral que acabo de realizar al arciprestazgo de Ponferrada he podido encontrarme con adolescentes y jóvenes en los centros educativo y he podido comprobar el interés con el que me hacían preguntas sobre la fe y la moral católicas. Un joven me preguntó algo que me ha hecho reflexionar mucho durante estos meses: ¿Por qué cree Vd. que la juventud de hoy es tan atea? La respuesta no es fácil; pero debemos intentar responderla porque descubriremos las causas del ateísmo actual. Este descubrimiento nos ayudará a evangelizar a los jóvenes con una mayor eficacia.

Pidamos a Santa María, joven, virgen y mártir, por los jóvenes católicos y por todos los jóvenes para que sigan su ejemplo y no tengan miedo de renunciar con todas sus fuerzas a la fealdad del pecado y asumir con valor la palma de un martirio incruento que supone hoy manifestarse y vivir con coherencia el evangelio.

† Juan Antonio, obispo de Astorga